

naturaleza mas fuerte. La duda devastadora, las ambiciones desapoderadas, los celos sin motivo y sin objeto, la envidia sin explicacion plausible, la crueldad sin excusa, mostrábanse ya en sus desordenados movimientos, anunciando los peligros encerrados para la monarquía en tan frágil persona, que mostraba en su resistencia invencible á obedecer toda su tiranía natural para regir y para mandar. Cárlos V, á quien no podian ocultársele, dada su prevision de grandioso estadista, todos los errores del principio hereditario, al concentrar mirada y atencion sobre aquel vástago de su estirpe, debió temer mucho por la suerte futura de su vasto imperio. Ningun respeto le contenia, ningun castigo le domaba. Indócil á todo yugo, reíase de la etiqueta; é irrespetuoso con todas las personas, no podía tener largo tiempo su gorra en la mano ante nadie. Gustaba de procurarse animales vivos para sentir el placer de tostarlos, como si la sangre de cien generaciones de inquisidores discurriese por sus venas malditas. Los humores mas corruptos canceraban sus carnes y podrian su sangre; los desórdenes mas violentos ataraceaban sus nervios. No veia cosa que no se le antojase; ni persona iba con él, á quien no quisiese molestar y afligir con alguna crueldad ó perfidia. Odiaba de muerte hasta á los hermanos futuros, que pudiese traerle los casamientos de su padre. No reconocia ningun superior, ninguno; ni amaba como hijo á Felipe II, ni respetaba como nieto á Cárlos V. Al presentarse ante este gran hombre en Cabezón, solo se le ocurrió pedirle con salidas de mala crianza los objetos mas necesarios á la vida del demacrado viejo. En vano su preceptor, Honorato Juan, le hacia leer á diario los oficios de Ciceron, tan útiles para el conocimiento de los deberes humanos; gustábanle solamente las relaciones de guerras y batallas. Grande ocasion el encontrarse con el primero entre los capitanes del siglo. Así le interrogó acerca de todos sus combates. Y el Emperador con una paciencia propia solo de un abuelo narró al nieto sus campañas con prolijidad. Pero, al llegar á la fuga de Inspruck, indignóse Cárlos de la posicion, á que se viera reducido el César, y díjole que jamás él hubiera huido en aquella horrible ocasion. El Emperador debió quedar muy de malas con su nietecillo, cuando le comunicó á la reina Leonor su juicio en estas ó parecidas palabras: «Me parece que es muy bullicioso; su trato y humor me gustan muy poco; y no sé lo que podrá dar de sí con el tiempo.» Si el Emperador

hubiera podido anticiparse á las edades, ver los herederos que le reservaban los siglos, oír el coro de maldiciones con que los ha perseguido la historia, presenciar el decaimiento de los pueblos entregados á su dominacion y autoridad por los caprichos de la herencia, conocer las torpezas del uno, las liviandades del otro, los hechizos y embrujamientos del último, destinado á extinguirse para que su corona pasase á la enemiga y aborrecible casa de Francia; si, como queria el gran cantor del Escorial y de la Imprenta, hubiese podido romper con su cráneo de César la losa de pórfido en su frio sepulcro y mirar las pálidas sombras de sus infames herederos, reos de lesa humanidad, condenara el principio hereditario, como uno de los errores mas graves que han vomitado los senos del infierno sobre la superficie del planeta.

Catorce dias estuvo despues en Valladolid. Durante todo este tiempo no embargaron su mente otros negocios que los relativos á la instalacion segura y definitiva en el monasterio de Yuste. Los predicadores mas afamados, los cantantes mas dulces y suaves fueron escogidos y designados para formar la capilla y sostener el púlpito en los retiros del monarca. No se permitió ninguna fiesta, ni siquiera un besamanos. La gobernadora doña Juana recibió á su padre con la sencillez y la modestia propias de una familia particular y privada. Lo único, que prescribió Cárlos V en materia de festejos, fué la recepcion solemne de sus dos hermanas la reina viuda de Hungría y la reina viuda de Florencia, que le venian con una jornada de retraso respecto á él. Por fin trascurrió el plazo de su estancia en Valladolid, y se despidió de todas aquellas mujeres de su familia, tiernamente amadas, y se despidió con lágrimas en los ojos. Al llegar á la puerta del Campo Grande, como se presentase gran tropel de gentiles-hombres á seguirle y acompañarle, no quiso dejar pasar de allí á ninguno, y se partió con escasísima escolta. Medina del Campo fué la primera ciudad en hospedarle, despues de Valladolid. Como el célebre castillo, donde Isabel la Católica naciera, y viese la primera vez á su esposo el rey D. Fernando, castillo merecedor de toda veneracion, estuviese maltrecho por la guerra de las Comunidades, y no repuesto aun, hospedóse Cárlos en casa de un rico cambiante, quien, para ostentar su lujo, le presentó un brasero de oro alimentado con carbon de canela, cosa muy molesta para el Emperador, que no quiso recibir á tal soberbio en su presencia ni dejar de

satisfacerle para mas humillarle los gastos del hospedaje. Poco á poco, en jornadas breves, llegó Cárlos á las alturas, que separaban las tierras estremas de las tierras castellanas, y entretúvose con solaz y esparcimiento, pescando á la luz de las antorchas ricas truchas, las cuales consumió luego con voracidad. En aquella cena modestísima no dejaba un punto el Emperador de holgarse por su soledad, y de rendir á Dios cumplidas gracias por preservarle de visitas é incomodidades en tan apartadas laderas.

El 12 de octubre, muy de mañana, examinó el Emperador qué le convenia mas; si flanquear la montaña, empleando en ello muchos dias, ó subirla de repecho para luego bajarla con la mayor celeridad posible. Cuatro dias necesitaba para recorrer toda la Val del Cherte, hasta Plasencia, y subir luego hácia la Vera; mientras, desde Tornavacas, donde pernoctara el 11 de octubre, podia en una sola jornada llegar, atravesando angosta y elevadísima garganta, á Jarandilla, sitio apercebido para recibirle y procurarle toda la tranquilidad indispensable al arreglo de los largos trabajos exigidos por su instalacion definitiva en Yuste. No habia camino ninguno en aquella direccion; los torrentes cortaban á cada paso el suelo, ya con sus caudales, ya con sus cauces pedregosos y secos; los abismos se abrian gigantescos é insondables por doquier; entrelazaban sus ramas los castaños como para interceptar adrede toda comunicacion; y era preciso que legiones de jornaleros fuesen delante del cortejo imperial, improvisando una vía, incómoda para todo el mundo; y para un gotoso como Cárlos, dolorosísima. Afortunadamente los campesinos se ofrecian de grado á sostenerle y ayudarle por el borde oscuro de aquellos abismos y los repechos agrios de aquellas montañas. Este llevaba las literas, aquel cogia la silla de mano, el otro presentaba sus brazos y sus espaldas para soportar á cuestras al Emperador; quien, aporreado, molido, deshecho, mostraba una vez mas, en aquel trabajo y con aquel motivo, su firme voluntad. Cuando hubo atravesado la garganta, y visto en el extremo, donde las dos pendientes se dividen, á su izquierda Castilla y á su derecha Extremadura, la hermosa Vera sembrada de florestas á sus piés, dijo que no volveria jamás á pasar por aquellos sitios sino muerto.

Jarandilla era un castillo de los condes de Oropesa, quienes habian desplegado sus estandartes azules y argenteos en mil ocasiones, para defender á

los frailes de Yuste contra los bandidos de la comarca, y asegurarles el quieto goce de sus tierras y las antiguas preeminencias de sus estatutos. El valle, á pesar de su hermosura, no habia correspondido á las esperanzas y deseos de la corte de Cárlos. Continuas lluvias lo azotaban; y cuando concluian las lluvias comenzaban las nieblas. Pobre y escasa la pesca, no bastaban las humildes truchas de sus arroyos para satisfacer la propension del Emperador á esta clase de alimentos; y habia necesidad de hacer pasar los correos, que iban de Valladolid á Lisboa, para que dejaran algun pescado de mar en el castillo. Tres meses residió en aquel sitio Cárlos, y á pesar de lo mucho que se holgaba en la contemplacion de su regodeada soledad, no le faltaron visitas. Oropesas, Zúñigas, Escalonas, Olivares, Toledos, iban de vez en cuando á verle y prestarle homenaje. Entre todas estas visitas, ninguna tan importante y curiosa como la del antiguo caballero de la Emperatriz, marqués un tiempo de Lombay, duque despues de Gandía, pasado de la corte mas esplendente al claustro mas humilde, único heredero de los Borgias, y que parecia venido por llamamientos sobrenaturales á purificar, como dice Mignet, con sus virtudes, con sus penitencias, con sus sacrificios, el nombre y la herencia de sus padres. Cortesano perfecto, industriado en todas las reglas de la etiqueta; caballero cumplido y diestro en achaques de justas y torneos; cazador intrépido, cuyas monterías se asemejaban á guerras y combates; artista, sino por su genio, por su gusto, y por la proteccion constante á las artes dispensada; virey consumado en el gobierno y direccion de la cosa pública; se habia desceñido de todas estas grandezas con denuedo semejante al denuedo del suicida, y puéstose por maceraciones, penitencias, ayunos, de tal suerte flaco, débil, que parecia, envuelto en su sotana raida, una especie de ambulante cadáver, como perfecto modelo que ha sido de la santidad, pero tambien de la indiferencia y de la rigidez jesuíticas. Autorizado por las componendas loyolescas á ser duque de Gandía, y cenobita monástico; á regir su ducado con todos sus bienes hasta la colocacion de sus hijos y á ejercer la cruel pobreza y pedir la santa limosna; San Francisco era un gentil hombre del mundo al par que un penitente del claustro. En las tierras mismas donde radicaba su ducado consagróse á la fundacion de colegios jesuíticos. Y en esta obra de apostolado y propaganda se hallaba como absorto por Plasencia, cuando le sorprendió la ida del Empe-

rador Carlos V. Su casa parecia un cenobio. No se veia en ella una cama. Cuando el sueño le rendia con su peso invencible, acostábase sobre una ruda tarima. El 1.º de agosto de 1551, cortado el cabello, rapada la barba; despues de haber salido del ducado de Gandía con el himno en los labios cantado por los israelitas al salir del cautiverio de Egipto; y despues de haber estado algun tiempo en Roma para fortalecerse y acerarse con la conversacion y ejemplo de San Ignacio; celebró en las altas montañas de Guipúzcoa, sobre altar elevado á cielo abierto; teniendo el rumor de los mares próximos y el aroma de los riscos bravíos por coros y por inciensos; una misa mayor, á la cual asistieron los creyentes pueblos de aquellas comarcas atraidos y llamados por indulgencias plenarias. Cuando Carlos vió al apuesto caballero de su corte, cuyos vestidos deslumbraban los ojos; cuyo semblante y apostura traíanle de consuno amor de las mujeres y admiracion de los hombres; reducido por sus maceraciones á una especie de leño cubierto por raida sotana, como esas imágenes, toscas pero expresivas, de la penitencia que se alzan sobre los altares de las aldeas; creyó mirar frente á frente de sí, no un sér vivo y real, sino un sér proviniente de otro mundo, y permitido en este, por un milagro de la divina Providencia. Su propension á una especie de suicidio lento por las maceraciones, habia tomado tal intensidad, que San Ignacio le puso á su lado con buen acuerdo dos jesuitas para que le impidiesen todo tormento y le dió el cargo activo de visitador en la órden para que recorriese tierras y explayase de algun modo su ánimo en el movimiento de cuerpo y en el comercio de ideas, propios á los largos y continuos viajes. Francisco se arrojó á los piés de Carlos, y le dijo que deseaba comunicarle todos los secretos de su alma, como si fuera Dios mismo, y departir con él arrodillado de hinojos, en su cuasi divina presencia. El Emperador se incomodó mucho con humildad tan excesiva, y le conminó á levantarse diciéndole que no cambiaria palabra con él mientras lo viese de rodillas. Asentóse, pues, á su lado; y le contó cómo habia escogido la órden mas humillada para mas rebajar su persona, y engrandecer en sus sacrificios y en sus holocaustos mas la persona de Cristo. Parecióle todo muy bien á Carlos, pero no así el ingreso en la órden de los jesuitas. El Emperador tenia muchas prevenciones contra esta órden. Creíala de origen demasiado reciente, de carácter demasiado vago;

sujeta por sus misteriosos estatutos á suscitar disputas continuas contra su mérito; tentada por las pasiones del mundo; muy cerca de los iluminados á quienes perseguia la Inquisicion; hermana de los teatinos, reunidos por el mayor enemigo de Austria y España, por Paulo IV, y aquejada entonces de sobradísima juventud y novedad. San Francisco defendió á los suyos diciendo que se habian propalado contra ellos mil imputaciones absurdas, y que respecto á su juventud y á su novedad, bien pronto habia de venir el tiempo á reparar una y otra. Tres dias duraron los coloquios entre aquellos dos hombres, descendidos de alturas análogas á la tristeza y retiro de los claustros, como para ver y para tocar en sí los dos extremos y polos de la vida humana.

Poco tiempo despues de tal entrevista, por febrero de 1557, Carlos, decidido á instalarse ya en Yuste, despidió de Jarandilla la parte de comitiva que no cabia en el nuevo asilo y que no cuadraba en modo alguno al nuevo estado. Dióles sus sueldos y atrasos con promesas de futuras pensiones impuestas, como censos, á los bienes imperiales, ó exigidas, como gracias, á su hijo Felipe; y los despidió, profundamente conmovido al oír los sollozos y ver los gestos de dolor, naturales en tan buenos servidores, por la eterna separacion. A las tres de la tarde, y en el dia mismo de la partida, subió en su litera imperial; y desde las puertas del castillo de Jarandilla dirigióse al convento acompañado de los últimos restos de su antiguo servicio, y de la persona de su anfitrión el conde soberano de Oropesa. Al salir, los alabarderos arrojaron sus alabardas, como para mostrar que ya no habia menester de las fuerzas del mundo quien se consagraba con tanto empeño á prepararse dentro del claustro para su ingreso en las regiones del Empíreo. Aquel Emperador, que habia puesto miedo en Francia é Inglaterra, detenido á Soliman, apresado al Papa, envuelto la tierra en su manto imperial y competido con el Sol por los esplendores de la corona, iba, triste y abatido, por las honduras de aquel valle hácia un cenobio, como si asistiera vivo á su propio sepelio. Las campanas del convento sonaban alegremente á vuelo echadas; los monjes decian el *Te-Deum* santísimo en coro dentro de la iglesia ornada y apercebida como para una extraordinaria fiesta; y Carlos V, sentado en sede gestatoria como un Papa y á la sombra de ancho palio, parecia una imagen de sus